

ALFONSO Y YO

La comida estaba deliciosa, pero yo creo que la mejor manera de terminar esta cena es con una buena historia. No vale la pena que yo regrese a mi casa, ya que la ventisca azota con fuerza las ventanas. Así que, ¿por que no te sientas junto a la chimenea y escuchas una buena historia como en los viejos tiempos? Será mejor que eches tu mejor leña, ya que esta historia será larga, como los temporales de invierno en las tierras del norte.

Todo comienza cuando yo solo tenía 10 años. Por ese tiempo era uno de los chicos más jóvenes que habitaban Hoz de Jaca. Una tarde, decidí salir a explorar una zona boscosa bastante elevada, cercana a mi casa. Para que te orientes mejor, eché a andar hacia Peñablanca.

-Salgo a dar una vuelta- dije desde el umbral de la puerta de mi casa.

-Vale, pero no vuelvas muy tarde- me contestó mi madre.

Yo sabía perfectamente que iba a volver tarde, y que la tunda por parte de mi padre sería monumental. Comencé el ascenso hacia la zona que me disponía a explorar. Subí bastante, puede que demasiado. Pero al llegar a un claro, me quedé impresionado. Ante mi, se hallaban los restos de una vieja cabaña abandonada. Decidí volver al pueblo para contar mi hallazgo a mis amigos. Pero de repente, noté un sonido sordo a mis espaldas. Algo parecido a pisadas. Mis sospechas eran ciertas, ya que una mano me cubrió la boca y una voz me susurro al oído:

-¿Si te destapo la boca, prometes no gritar?

Yo asentí con una pizca de miedo y otra de curiosidad. La mano se retiró lentamente y pude volver a respirar con normalidad. Al darme la vuelta, me encontré frente a un hombre de aspecto descuidado que debería rondar los 50 años. Lucía una barba que le llegaba hasta el pecho y vestía un mono de trabajo, algo desgastado. En los pies calzaba unas viejas botas de montaña.

Reuní el coraje suficiente y le pregunté:

-¿Quién eres?

El hombre me miró durante unos segundos pensativo y me preguntó a modo de contestación:

-¿Vienes de Hoz de Jaca?

-Sí, ahí es donde vivo- le dije.

-¿Cómo te llamas?

-Me llamo Pascual.

El desconocido se quedó un rato pensativo y después de agacharse, me dijo:

-Pascual, no puedes decirle a nadie que estoy aquí. ¿Te gusta guardar secretos?

-Si- le informé.

-Perfecto. Pues ese será el nuestro. Pero necesitó que me hagas un favor.

Yo me acerqué más a él dispuesto a escucharle.

-Necesito que me traigas mañana algo de comida. ¿Harás eso por mí?

Yo me lo pensé y al final contesté:

-Lo haré.

El hombre se acercó a mí y señalando una zona no muy lejana a nosotros, dijo:

-Vivo en una cabaña no muy lejos de aquí, en lo alto de ese risco. Cuando vengas con comida, solo tienes que pegar un grito y yo bajaré a recogerla, ¿entendido?

-Claro- contesté asintiendo.

Me despedí del hombre, pero antes de emprender el camino de vuelta a casa, me di la vuelta y le pregunté:

-Por cierto, ¿cómo te llamas?

-Mi nombre es Alfonso.

Llegué a casa para la hora de cenar. Como ya había citado antes, mi padre me echó la bronca por llegar tarde.

-¿Donde estabas? Te hemos buscado por todas partes. Tu madre estaba muy preocupada- me dijo nada más llegar.

-He estado explorando el bosque- contesté.

Entonces, mi padre se arrodilló y me dijo:

-Pascual, ya eres mayor. No hagas que tu madre se preocupe. Ya sabes que por culpa de su enfermedad, está muy débil.

Mi padre tenía razón. Unos años antes, mi madre había sufrido un ataque al corazón. Y desde entonces, no podía realizar tareas demasiado fatigantes o soportar emociones fuertes.

-Sí, padre. Puedes estar tranquilo, no volveré a hacer lo que quiera sin vuestro permiso.

Después de finalizar la conversación, nos unimos a mi madre en la mesa. La cena fue breve y animada. A los pocos minutos, me despedí de ellos y me fui a dormir. Recuerdo que no dormí nada durante esa noche. Horas después, los primeros rayos del alba comenzaron a asomar a través de las cortinas de mi habitación. Salí de entre las sábanas de mi cama a una velocidad sobrehumana y me vestí lo más rápido que pude. Supuse que mi madre ya estaba preparando el desayuno, pues un delicioso olor a huevos fritos ascendía hasta mi habitación a través del hueco de la escalera.

-Buenos días, mamá- dije al llegar a la cocina.

-Buenos días, Pascual- me contestó ella.

-¿Donde está papá?

-Se ha ido con unos amigos. Me ha dicho que hoy puedes hacer lo que quieras, pero que no te metas en problemas.

-Vale.

Continué desayunando, mientras mi madre limpiaba unos platos. Poco después, abandoné la cocina y me fui a mi habitación. Cogí mi mochila y bajé otra vez a la cocina. Pero mi objetivo real era la despensa. Comprobé que no hubiese nadie en la cocina y entré en ella. No había mucha luz, así que me serví del tacto para ir llenando la mochila. La llené de todo tipo de alimentos. Chorizo, queso, pan... Tampoco sin pasarme, ya que mis padres sospecharían. Después de salir de la despensa, abandoné mi casa en dirección al bosque. Al llegar a éste, me escondí en un arbusto y comprobé que nadie me seguía.

Al ver que nadie andaba cerca, me dirigí hacia la zona en la que conocí a Alfonso. Mientras andaba por el sendero, pasando a través de una incontable cantidad de árboles, me fijé más en el belleza del paisaje que me rodeaba. Pocos minutos después, llegué a la casa abandonada. La tranquilidad era absoluta. Solo se oía el lejano rumor del río y el

trino de algún pájaro. Me acordé de lo que me había dicho Alfonso (“Cuando vengas con comida solo tienes que pegar un grito y yo bajaré a recogerla, ¿vale?”).

Así que cogí aire con mis pequeños pulmones y grité:

-¡Alfonso!

Algunos pájaros, alzaron el vuelo al escuchar mi berrido. Esperé unos minutos y cuando pensaba que era mejor volver al pueblo, unos arbustos comenzaron a agitarse en un rincón del claro. Me asusté, ya que pensé que podía ser un animal salvaje. Pero no. El que salió de ellos fue Alfonso, con otra ropa y mejor aspecto.

-Hola Pascual, ¿traes comida?- me preguntó.

-Si, he intentado reunir la mayor cantidad posible sin generar sospechas- le contesté mientras le ofrecía la bolsa.

Alfonso la cogió y miró su interior. Una exclamación salió de su boca.

-¡Pascual, te has superado! Aquí tengo comida para bastantes días. Muchas gracias.

-De nada- le contesté complacido.

-Antes de irte, ¿quieres ver mi casa?

Me lo pensé unos segundos, pero al final accedí asintiendo con la cabeza. Alfonso sonrió satisfecho.

-Entonces, sígueme.

Alfonso se internó de nuevo en el bosque. Yo le seguí. Ese terreno era desconocido para mí, pero Alfonso parecía conocerlo como la palma de su mano. Avanzamos durante unos minutos, ascendiendo de altitud unos cuantos metros. Finalmente, llegamos a una vieja choza de madera cubierta de hojarasca, ubicada en un claro. En la entrada de la misma, había apoyado un rifle de caza. Al llegar, Alfonso se metió dentro de la choza con la mochila llena de comida y al salir, ésta ya estaba vacía. Me la devolvió diciéndome:

-Tienes suerte de tener una mochila tan grande. Puedes meter muchas cosas dentro.

-Creo que debo irme a casa- le dije.

-Eres libre de ir a donde quieras, pero oye. Llevo meses sin hablar con nadie. Me siento algo solo. Solo tengo a un acompañante estos días: a mi mismo. ¿Quieres que hablemos un rato?

-Me parece bien, sí. De paso, puedes contarme tu historia.

-Vale Pascual, te contaré mi historia. Siéntate en ese tronco de ahí- me ordenó señalando la base de un árbol cortado, mientras entraba en la choza.

Me senté y esperé a que Alfonso saliese de la cabaña. A los pocos minutos, salió de ella con un trozo de pan, otro de queso y una navaja. Se sentó en un tronco enfrente de mí y comenzó a cortar trozos de queso. Me ofreció unos cuantos, ya puestos sobre rebanadas de pan. Después de que ambos hubiésemos degustado varias unidades, Alfonso comenzó a contarme su historia.

“Supongo que antes de contarte como he llegado a vivir aquí, es necesario que te cuente mi pasado. Nací en el municipio valenciano de Requena. Tuve la buena suerte de pertenecer a una familia acomodada, así que cuando tuve tu edad no me faltó de nada. Viví la niñez con mucha alegría. Pero todo comenzó a cambiar cuando llegó la guerra civil. Yo estaba a punto de casarme, con una de las mozas más bellas de Requena. Ese día fue en el que mi tío Pedro, me dijo que debía unirme a las filas del ejército republicano. No te lo he dicho, pero mi familia tenía a varios de sus miembros en las más altas esferas del PSOE. Así que durante la guerra, fueron importantes en el bando

republicano. Cuando llegó la guerra, me asignaron el puesto de comandante en uno de los numerosos destacamentos de infantería del bando republicano, ya que unos años antes había recibido formación en una escuela militar de Valencia. Mis hombres residían en una de las bases de la capital, así que preparé mi equipaje y viajé a Madrid. Unos pocos días después de reunirme con mi destacamento, los nacionales lanzaron una ofensiva contra nosotros. Conseguimos aguantar bien el ataque durante meses, gracias a la ayuda que llegaba del exterior (tropas, munición, víveres). Pero eso solo empeoró las cosas, ya que nuestra resistencia hizo que Franco comenzase a atacar sin piedad nuestras posiciones de la costa Cantábrica. A los pocos meses, esas posiciones ya no estaban en nuestro poder. Mientras Franco devastaba el norte, mi destacamento fue enviado a Valencia, pero a mí me asignaron un nuevo destino en Barcelona.

Me pusieron a cargo del sector antiaéreo del ejército republicano, presente en esa ciudad. Para que lo entiendas, mi trabajo consistía en dirigir a todo un contingente de soldados, que se dedicaban a disparar a los aviones enemigos con cañones de largo alcance. Las noticias que llegaban a Barcelona eran horribles. Los nacionales avanzaban sin control y se dirigían hacia el valle del río Ebro. Pero nuestro ejército no se iba a rendir tan fácilmente. Mis superiores me informaron de que íbamos a iniciar una operación de contraataque, con el objetivo de frenar a Franco e impedirle cruzar el Ebro. La infantería atacaría en primera línea, pero mi destacamento tenía que quedarse en la retaguardia, por si los nacionales hacían despegar algún avión. Nuestros ataques sirvieron de poco, ya que solo hizo que la verdadera furia del ejército franquista despertase. Al principio conseguimos avanzar un poco en territorio nacionalista, pero tuvimos que retirarnos por culpa de los continuos bombardeos. Y la rápida pérdida de una cantidad bastante significativa de tropas.

Yo podía ver perfectamente la evolución de la batalla desde mi posición, ya que estábamos situados en una colina muy alta. Lo curioso era, que un día el ejército franquista estaba a lo lejos y al día siguiente, estaba a unos escasos kilómetros de nosotros. Lo arrasaban todo a su paso. Al final, mis superiores ordenaron la retirada del ejército. Volví de nuevo a Barcelona con mi destacamento. Allí, un mensajero me informó de la captura y ejecución de alguno de los miembros de mi familia, involucrados con el PSOE, por parte de soldados nacionales. Entre ellos mi tío Pedro. El resto de mi familia había conseguido huir a Francia. También habían matado a la que iba a ser mi esposa. Eso hizo que despertase un gran ansia de venganza en mí. Unas pocas semanas más tarde, el ejército nacional estableció su campamento a 20 km de Barcelona. Pasamos días sin recibir ningún ataque. No entendimos porque tardaban tanto en atacarnos, pues nos superaban en número y armamento. Pero enseguida conocimos la respuesta. Una noche las sirenas antiaéreas retumbaron en Barcelona y una oleada de bombarderos italianos y alemanes surcaron el cielo. Esa noche, la unidad antiaérea tuvo mucho trabajo, pero también tuvimos la mala suerte de sufrir muchas bajas. Los bombardeos duraron días y dejaron Barcelona en ruinas. La gente huía despavorida en dirección al campo o hacia el Pirineo, en un claro intento de conseguir refugio en Francia. Cuando la victoria de Franco y la caída de Barcelona eran inminentes, me reuní con algunos de mis amigos del PSOE y del ejército.

La decisión se tomó en poco tiempo. Un grupo de republicanos relevantes (entre los que me encontraba yo) cruzarían Cataluña, con el objetivo de buscar refugio en los Pirineos. Cuando llegó el día de la evacuación, reuní las pocas pertenencias que poseía y me despedí de algunos de mis mejores amigos. La evacuación se realizó de noche, para no ser descubiertos. Nos trasladaron en un convoy de 5 camiones a Seo de Urgel. Luego, nos llevaron a todos en coches hacia el Valle de Ordesa. Mis compañeros de viaje, iban abandonando los vehículos conforme parábamos en cada valle (consideraban el elegido su nuevo hogar). Días después de salir de Seo de Urgel, nuestro convoy llegó al Valle de Tena. Cuando yo era pequeño, mi familia decidió pasar unas semanas en el Balneario de

Panticosa, así que decidí que éste sería el mejor lugar para refugiarme del acoso franquista. 5 miembros más del viaje decidieron apearse conmigo. Mediante la ayuda de algunos campesinos aliados, fuimos introducidos en el valle sin ser vistos. Nos proporcionaron un lugar en el que vivir y alimentos. Pudimos vivir bien durante unos meses, pero todo cambió un día de otoño. Uno de los campesinos que nos suministraba alimentos, entró corriendo en mi cabaña y me informó de que la Guardia Civil nos estaba buscando. La noticia me dejó helado. ¿Como demonios nos habían encontrado?. Cogí algunas de mis pertenencias y huí del lugar. Aún desconozco el paradero de mis compañeros. Pero al oír disparos, deduje que alguno había sido asesinado. Anduve durante días, hasta llegar a una pequeña aldea situada en una zona elevada del valle. La rodeé con temor de ser visto, y en las afueras de ésta, encontré una pequeña cabaña abandonada. Y esta cabaña que ves Pascual, es esa. Llevo años viviendo aquí sin ser detectado, gracias a la difícil localización de este sitio. Espero seguir así el mayor tiempo posible. Y esta es mi historia, Pascual”

Al terminar su relato, Alfonso se limpió las lágrimas que le habían caído por las mejillas. Yo solo tenía una pregunta.

-¿Y por que no decides bajar a Hoz a vivir?- le pregunté.

-No quiero. Si me descubren, seguro que me matarán- me dijo Alfonso con tristeza.

-Oh vamos, ¿por que dices eso?. La gente de mi pueblo es bastante comprensible.

-Pascual, yo no considero ningún lugar del mundo seguro. Siempre hay algo o alguien capaz de acabar con tu vida.

Entonces, unos árboles comenzaron agitarse al otro lado del claro en el que estábamos. Alfonso cogió el rifle y lo sostuvo entre sus manos. De repente, algo surgió de entre ellos. No era un animal salvaje, como yo estaba pensando.

El que salía de entre los árboles era mi padre, junto con otros hombres del pueblo.